



RECOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo II

EL QUIJOTE DE LOS NIÑOS

Entre los vicios opuestos a la virtud de la religiosidad sea a la piedad—cuéntase la superstición. La superstición es algo profundamente impío.

Superstición, «superstitio», de «superstare», quedar encima, es el acto de conservar escarrajadas o desperdiciadas. Es como si uno guardase las cáscaras de las nueces o las mondaduras de las patatas que hubiese comido. Y aun hay quien tira la pulpa y se queda con la cáscara. Lo que en ciertos casos se comprende, como el de aquel que no guste de lasstras guardé sus conchas para hacer con ellas botones.

Es lo que están haciendo no pocos de esos llamados cervantistas: botones con las conchas de las obras literarias de Cervantes. Y la superstición cervantina o cervantesca toma las formas más hostiles a la religiosidad patriótica y a la piedad que se debe a la memoria de Cervantes. Del alma misma de éste, viva, gracias sobre todo al «Quijote», en el alma de su pueblo, están haciéndose botones. Y lo peor es que, como no hay ojales, esos botones son como los de las mangas de nuestras americanas, o los dos que lleva por detrás la levita, que no sirven sino de muestra. En botones de muestra, que no sujetan ni prestan alguna de vestido espiritual, nos están convirtiendo la obra cervantina, que fué algo más que mera literatura.

Pero de todas las aplicaciones descentradas que del «Quijote» quieren hacerse, la más absurda y peligrosa acaso es la aplicación pedagógica. Dudo que pueda haber disparata mayor que el «Quijote» para los niños. Y ello proviene, no sólo de la cervantomanía, sino también de la manía pedagógica; es el encuentro de dos manías.

Cientos de veces se ha hablado de lo absurda que resulta la literatura escrita para niños. El arte para niños es cosa tan desatada como el arte para el pueblo. Ponerse a escribir, a pintar o a hacer música pensando en que ello esté al alcance de la infancia del pueblo es condenarse desde luego a una labor de forzado. Y el que tal hace cabe asegurarse que carece de verdadero poder artístico. Otra cosa es tratar de poner ciertos principios y conocimientos al alcance de niños y de gentes del pueblo. Pero el hacer esto no es hacer arte. Como que pocas cosas están más reñidas con la estética que la pedagogía.

A los niños, se ha dicho también, debe dárseles a leer, como pasto artístico, las cosas mismas que leen los mayores, sólo que escogidas. Y en esta selección no parece que deba entrar el «Quijote». Hacer que los muchachos de diez años, al sufrir el examen de ingreso para el bachillerato, lean y analicen en el «Quijote» es una de las cosas de menos sentido que pudo ocurrírsele al autor de semejante ocurrencia.

El «Quijote» no es un libro popular en España. No lo es, a pesar de los esfuerzos, mejor intencionados que discretos, de cuantos se han propuesto que llegue a serlo. Son muchísimos más los que lo han leído a saltos y retazos o los que no lo han acabado de leer que los que lo han leído por completo. Se le cita tanto y se reproducen tantos de sus pasajes, que a muchos les basta con ello para poder hablar de él. Y sabido es que hay libros, sobre todo si son clásicos, que los más no los leen sino para poder hablar de ellos.

Y si hay muchos que siendo adultos no se deciden a leer el «Quijote» creo que se debe en gran parte a que se les obligó a leerlo, en todo o en partes, a una edad en que deberían leer el «Juanito», el «Amigo de los niños» o las novelas de Julio Verne, que de arte tienen bien poco. Hicieronles cobrar aborrecimiento a nuestra Biblia nacional como hay en otras partes quienes apartan con tedio la vista de la sagrada Biblia porque teniendo diez o doce años les obligaron a oír el Apocalipsis o el libro de los Números o el de Job.

Tengo ante los ojos una revista escolar— así se llama—de una de nuestras provincias, y en ella una sección titulada «Lo que dicen los niños: ¿En qué libro preferís leer, en el «Quijote» o en otro cualquiera que no sea el «Quijote?» Las contestaciones, de niños desde nueve a trece años, entristecen. Son un modelo de insinceridad, de esa terrible insinceridad pedagógica de muchachitos a los que se les obliga a contestar a preguntas absurdas. Parece que las manecitas de los pobres niños fueron llevadas por las manos de sus maestros mientras redactaban aquellas ridículas vaciedades.

Hay uno que dice que prefiere leer en el «Quijote» porque le gustan mucho los refranes de Sancho Panza—¡mentira!—y «por estar escrito por el mejor escritor del mundo»; otro, que «por los cuentos de risa que cuenta el principal personaje»; un tercero dice que «porque tiene muchos chistes instructivos y es muy bonito». ¡Chistes instructivos! La disparatada pedagogía que ha





deado el dirigir a los niños esa pregunta insensata, que provoca la insinceridad, no tiene nada de chistosa ni de instructiva.

Hay otro niño, de doce años, que prefiere leer en «El ciudadano y el hombre», que le cuenta cuentos instructivos como el de Miguel Servet, descubridor de la circulación de la sangre; «El perro barnizado», y otros muchos. Y agrega: «El «Quijote» no me gusta tanto porque no lo considero tan instructivo como «El ciudadano y el hombre», porque el «Quijote» no habla más que de aventuras y desventuras de las que no hacen nada útil.» El niño de doce años que ha escrito esto está en lo cierto. Si es que no ha escrito el niño que lo firma, y no su padre u otra persona. Desde luego no su maestro. Porque, en efecto, «El ciudadano y el hombre», libro de lectura infantil que yo conozco, será para un niño de doce años mucho más instructivo que el «Quijote», del que en esa edad, profundamente utilitaria, no se saca nada útil. Y en cierto sentido, en ninguna otra edad.

Nada se desarrolla en el hombre más tarde que el sentido estético. Al niño le es más fácil comprender una teoría científica o resolver un problema moral que recibir una honda y elevada emoción artística. Nada exige mayor madurez que la comprensión estética. Es más frecuente la precocidad científica que la estética. Oswald, el químico, ha hecho hincapié en cómo los más grandes descubrimientos científicos del pasado siglo los llevó a cabo gente moza. Y el «Quijote» fue engendrado cuando su autor pasaba de los cincuenta años.

La tristísima de la madurez de Cervantes, aquella su risa oficial, ni puede instruir a niños de doce años ni nada útil les puede ofrecer. Y si queremos que todos los españoles cultos, conscientes de su españolidad, lean nuestra Biblia nacional y la lean cuando deben leerla y como deben leerla, lo primero es no poner ese libro en manos de niños.

Se dirá que a los muchachitos de diez años—pobres corderillos—a quienes se les hace en el bachillerato se les hace leer en

el «Quijote», no para que se nutran del mero sustantivo de éste, sino por la lengua. ¡Malo también! Sólo conozco un absurdo pedagógico mayor que el de hacerles analizar a niños españoles de diez años y del siglo XX, sin conocimiento alguno histórico del idioma, la lengua del «Quijote», y ese mayor absurdo pedagógico consiste en hacer que lo analicen conforme a las reglas de la Gramática de la Real Academia Española. Es decir, que no lo analicen. El asociar en la imaginación infantil el recuerdo del «Quijote» al del pluscuamperfecto de subjuntivo y al complemento directo e indirecto y a las oraciones secundas de activa y a todo este horror de vaciedades puramente clasificativas es el medio más seguro para que le cobren ojeriza a nuestro libro patrio.

De todas las supersticiones cervantescas la más insensata es la superstición lingüística. Y nada arguye más menguado ingenio y más grande penuria artística que ponerse hoy a remedar el lenguaje de Cervantes y a querer galvanizar sus giros. Si Don Quijote volviese a nuestra España echaría de ella a lanzadas a los que encontrase remedando la retórica de sus arengas. Y en cuanto a los que aplicasen a ellas esa infame máquina que llaman análisis gramatical, no sé qué haría con ellos. Todo castigo es poco para los desgraciados pedagogos que toman un párrafo del «Quijote» y lo someten a su estúpida estadística, contando las palabras y clasificándolas en monosílabas, bisílabas, trisílabas, etc., y luego las sílabas, con aquella sandez de si son de juego duplo o triple y otros juegos solitarios por el estilo. Y este bárbaro entretenimiento mandarinesco es entre nosotros casi oficial.

Poner el «Quijote» en manos de los niños y ponerlo tamizado por ese hórrido y bárbaro análisis llamado gramatical—ocupación de incapaces mentales o de solitarios monomaniacos—es la más grave ofensa y el más hondo perjuicio que se puede hacer a Cervantes, a nuestra Biblia nacional y a la cultura española.

¡Esa pedagogía!..

Miguel de UNAMUNO

